

### Discurso del doctor Perrín

Excmo. Señor Secretario de Educación Pública.

Señores Académicos.

Señoras, Señores.

En un pintoresco rincón, vecino al mar, de la región más culta y fértil del Principado de Cataluña, campos sagrados para España, donde no hay grano de arena que no encierre cenizas de héroes, en la provincia de Gerona, digo —cuya capital soportara con gestos de epopeya veintisiete sitios conquistando el único dictado de **Inmortal** concedido a una ciudad hispana—, yace soterrada la vieja y opulenta Empurias de población griega e ibero-romana, sobre cuyas ruinas florece el progreso de nuestra pequeña e industriosa Ampurias de hoy.

La cultura catalana organizó con admirable plan científico la búsqueda de los tesoros arqueológicos empurianos y, en cierto bello día, un soberbio ejemplar de la estatuaria griega salía de su milenario reposo para recibir las frescas brisas del golfo de Rosas.

Más que en los médicos atributos clásicos —el gallo madrugador, la serpiente astuta periódicamente rejuvenecida, la prudente tortuga, el amparador báculo y la patera de salutífero elixir— en la reposada majestad serena y en la nobleza característica de la bella testa (cuya faz dijérase la de Júpiter a no embellecería más apacibles rasgos) vióse al Dios de la Medicina.

Era la imagen de Asclepios, el divino; el hijo predilecto del esplendente Phoibos, guiador del carro del sol; el buen dios en cuyas manos acrecía el prodigio de las plantas curativas que a conocer le diera el centauro Quirón; el que volvió a la vida a Glauco y a Tíndaro y a Hippólito; el esposo de la dulce Epione, acalladora del dolor; el padre de Higieia, la salud, —asiduamente cortejada por Telesforo, el jocundo diablejo de la convalecencia— de Iaso, la sanadora y de Panacea, la que todo lo cura; el de Macaón, el cirujano, y de Podaliro, el médico, que ennobleciendo sus guerreras hazañas con el arte de curar triunfaron impercederamente en los rotundos versos sonoros de un poema de Homero; el dios benigno, en fin, en cuyos templos o Asclepias, desde el primitivo de Trikka, en Tesalia, hasta el de Pérgamo, una doliente muchedumbre enfervorizada hallaba salud o alivio o consuelo bajo la unciosa palabra de los Asclepiades.

\* \* \*

La Junta de Museos de Barcelona, que con devoción sin igual vela por la conservación de esa joya arqueológica, lastimosamente mutilada en ignorados cataclismos, concedió (atendiendo a la finalidad de la súplica) autorización para obtener dos reproducciones de la escultura. Una, decora severamente el pórtico de la Real Academia de Medicina, de Madrid. La otra se halla encubierta en este docto y austero recinto por el quizá anacrónico, pero bellissimo símbolo de esas dos nobles banderas, que son una sola para mi corazón.

Bien hizo el ilustre donante y grande amigo de México nuestro académico honorario don Florestán Aguilar, encomendando la entrega de la estatua al erudito hombre de ciencia y ejemplo de virtudes ciudadanas don Angel Brioso Vasconcelos. La trasmisión, hasta nuestra Academia, por manos mexicanas, de un presente español, realzaba el simbolismo de fraternidad que fué móvil elevado en esta entrega. Pero torció el azar lo que hubo de ser voluntad expresa del sabio español (de ese prócer amigo del pueblo, bienhechor abnegado de sus hermanos de profesión en la Rusia soviética) y yo, que más que nunca soy en este recinto y en estos momentos —ya os lo he dicho— un hijo de esa doble nacionalidad hispano-mexicana que aun no tiene sanción en las leyes, pero que es de una tangible realidad moral, cumpliendo, con un alto mandato hago entrega de la estatua de Asclepios en nombre del doctor don Florestán Aguilar y Rodríguez, de Madrid, a la, por antigua, por docta y por integérrima, venerable Academia Nacional de Medicina, de México.

\* \* \*

La divinidad médica de la pagana Hélade y, frente a ella, la efigie cristiana de San Lucas, el Médico Santo que evoca a la mansa y luminosa figura de Jesús levantando a los paralíticos y sanando a los leprosos, parecen poner ante nuestros ojos, como bello emblema de la Medicina, un invertido arbol frondoso que derrama los frutos sobre la tierra, mientras las raíces ahondan en el cielo. Y esto es verdad. ¡Que llegue a nuestras almas la ejemplaridad evangélica del bienaventurado converso de Antioquía y ¡oh Esculapio! ¿por qué no creer, con Servio, que aun moras en el cielo entre el misterio de la constelación Serpentaria?...

El recuerdo de aquella realidad, o el de esta ficción, acompañarnos debe cuando llegue hasta nosotros un ser doliente. Que así, nuestro primer ademán para aliviar el sufrimiento humano, será siempre el desinteresado y noble de poner en lo alto nuestro espíritu.

TOMAS G. PERRIN.